

SOBRE LA UTILIDAD Y EL DAÑO DE LA CONSERVACION PARA EL PROYECTO

Eduardo Benvenuto y
Roberto Masiero

1. Tradición, conservación y restauración parecen palabras amigas, unidas por vínculos de consanguineidad y alianza. Así, a primera vista, todo aparece claro, casi obvio: la tradición es la gran vía en cuyos márgenes se depositan las trazas del pasado, testimonio de sabiduría y de cultura ofrecido por la experiencia del transcurrir de generaciones; conservar tales testimonios y trazas es una tarea ineludible para el hombre que no quiera cortar las propias raíces y extraviar la brújula de su proceder, vagabundeando en manos de efímeras solicitudes y que, por el contrario, intenta custodiar la riqueza de su memoria de la que deriva su misma identidad; la restauración, en fin, representa el conjunto de las técnicas y de los actos proyectuales concretos que permiten realizar el objetivo de la conservación, manteniendo vivos y vigentes los documentos históricos, sin por ello rendirlos de nuevo disponibles e idóneos para absolver útiles funciones para el presente. Por consiguiente, ¿qué vamos buscando?, ¿por qué cansarse en disertar sobre el sentido de la palabra, a la búsqueda de quién sabe qué desconcertantes problemas especulativos; y no dedicarse contrariamente a la elaboración de técnicas más eficaces, a estudios histórico-críticos más puntuales en el plano filológico, a proyectos experimentales más rigurosos, etc.?

A pesar mío, es necesario responder que la situación no puede ser descrita en términos tan lineales y persuasivos. La cultura contem-

poránea está agitada por una perturbación abismal de los modelos especulativos, y aquellas tres palabras cruciales -tradición, conservación y restauración- se oponen y contradicen recíprocamente, cada una lleva en sí instancias divergentes, tal vez "metafísicas rivales". Ello se traduce además en ásperos conflictos entre estudiosos, operadores, escuelas y partidos, todos quieren imponer una línea propia de pensamiento y una estrategia de intervención, ante la creciente demanda política y social de dirigir el grueso de recursos a la recuperación y valoración de la ciudad existente, antes que a la construcción de lo "nuevo". Por consiguiente, bien ha hecho la redacción de la revista **Casabella** (donde se publicara originalmente esta ponencia) al poner la cuestión teórica sobre la mesa, y es sintomático que la interrogación venga de un observatorio dedicado a registrar las tensiones del proyecto.

La cuestión surge, no porque subsistan carencias e incertidumbres metodológicas en las disciplinas próximas a la restauración, ni por la difusión de las habladurías propagandísticas en torno a los llamados "bienes culturales", sino porque en ella se expresan y ponen en juego la visión de las relaciones entre *naturaleza e historia*, entre *historia y tiempo*, entre *temporalidad y valores*, que exactamente connota la edad contemporánea. Centrar la atención sobre los presupuestos, los criterios y los fines que rigen el actual debate arquitectónico en tema de tradición, conservación y restaura-

ción, quiere decir, pues, remontarse a lejanas fuentes y atravesar inaccesibles senderos especulativos: empresa espantosa de por sí, y directamente privada de sentido para quien deba sintonizar su decir con el género literario exigido por una revista de arquitectura, donde el mayor mérito deberá ser dado por la brevedad y claridad. Por tanto, las páginas siguientes están destinadas al fiasco más deshonorable: pueden valer al menos como testimonio de una búsqueda sincera, aunque temeraria e infructuosa.

2. Es opinión común, y ciertamente corresponde a la verdad, que desde tiempo inmemorable el hombre ha reconocido la exigencia de custodiar el propio pasado y, por consiguiente, conservar memoria de los valores transmisibles, de las técnicas y de los vestigios gloriosos de los padres, ocultos en los edificios y en las cosas cuya presencia es hablante, cuya disponibilidad es poder y riqueza: "patrimonio". ¿Qué sería un hombre completamente desmemoriado, "atado en corto" por su placer y dolor al agujijón del momento, sino una estúpida bestia?. Nietzsche escribe al comienzo de su segunda *Consideraciones Inactuales (Sobre la utilidad y el daño de la historia para la vida)*:

"Un día el hombre pregunta a la bestia: ¿por qué no me hablas de tu felicidad y te limitas a observarme?. Y la bestia quiere responder y decir: no te hablo porque siempre olvido aquello que te quiero decir -pero también esta respuesta la olvido pronto- y calla: por ello el hombre se sorprende".

La capacidad de recordar y de atesorar el pasado aparece, por ello, como el elemento más íntimo y esencial de la naturaleza humana: origen y condición fundadora del pensamiento y de la acción del proceder. Por otra parte, es necesario no exagerar en este sentido, el mismo Nietzsche, en el texto arriba citado, pretendía interpretar el abarcativo historicismo post-hegeliano de su tiempo como un daño, una enfermedad, un defecto..., una fiebre que nos consume. Y, en efecto, es verdad

que donde actúa la razón, sin embargo nutrida y fundada por la memoria, se procede siempre en un sentido al menos parcialmente contrario al de la mera rememoración: el concepto fijado por el intelecto surge exactamente del olvido deliberado de ciertas diferencias particulares entre los datos sensibles singulares; la dialéctica platónica de síntesis y diéresis, o la analítica aristotélica de género y especie, o la construcción hipotética deductiva de la ciencia moderna, o las indagaciones trascendentales de la filosofía post-Kantiana, o la duda impuesta por el procedimiento fenomenológico husserliano, o el paso atrás (Schritt Zurück) demandado por Heidegger para acceder al pensamiento de la diferencia antológica. Si bien, cada uno de estos grandiosos proyectos especulativos detrae su fuerza de no dejarse sumergir o engullir por el infinito cúmulo de posibles contenidos de la memoria, distanciándose de ella, poniéndolos entre paréntesis, separándolos para ponerlos en orden, depositados por clases homogéneas, de las que baste con recordar la colocación.

Es, pues, importante afirmar que la dialéctica entre memoria y olvido inherente a la naturaleza del hombre, en sí, es dimensión esencial de su mismo ser, y que por tanto se debe referir a tal nivel "ontológico" el actual debate sobre tradición, conservación, restauración y sus "contrarios": innovación, proyecto, adecuación, actualidad, etc... Sin embargo, no es así. El debate actual refleja más bien la situación crítica específica que caracteriza la época contemporánea como época en la cual la historia ha llegado a ser horizonte insuperable e inacabable para todo saber y toda praxis. De este imperioso e inflexible modelo de precomprensión que el hombre contemporáneo tiene derivan, a nuestro parecer, la enmarañada agonía en la que se encuentra la discusión actual, permaneciendo ahí aprisionada.

3. Para aclarar lo que queremos decir, deberemos retroceder muy atrás, a las raíces del pensamiento actual. Pero, obviamente, no

es este el lugar para profundizar el sentido asignado por la antigüedad clásica y al medioevo cristiano a la rememoración histórica, y por ello a la custodia del pasado, en el camino del hombre hacia la verdad y el bien. Limitémonos a recordar que para Platón el objeto saludable de la memoria no son las trazas de los sucesos sensible, sino las ideas eternas, y que para Aristóteles el contenido supremo de la epísteme humana no es la genealogía de las causas eficientes, sino la participación en aquella Epísteme divina, que cumple el acto eterno del pensar en Dios, causa final del mundo; y que por la misma teología cristiana, sin embargo dedicada a entender el sentido de la historia de la salvación, la memoria del acontecimiento salvador es su perenne renovarse como testimonio y empeño de conclusión final, cuando el Señor hará nuevas (y por ello divinas) todas las cosas. Con otras palabras, según la óptica del pensamiento premoderno, el contenido de la memoria no puede jamás trasmutarse en terminal de llegada al saber, sino que es momento pasajero que debe ser trascendido por la fuerza de la razón para acceder a lo que verdaderamente es (*to ontos on*).

Verdad es que de la antigüedad mana un enfático elogio de la historia: recordemos la célebre (y mal comprendida) expresión ciceroniana sobre la historia *testis temporum, lux veritatis... magistra vitae* (*De oratore* 2, 9, 36) o la poética institución virgiliana del doloroso mensaje emanante de las cosas: "sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt" (*Eneide*, 1, 462). Pero en ambos casos, la llamada a la memoria del pasado es ajena a intentos apoloéticos. Sin embargo, es sólo en la edad moderna cuando la historia adquiere aquella valencia teórica decisiva que hoy le es reconocida, por tan implícito cuan servicial sentimiento.

El elogio de la historia en un intérprete de lo moderno, cual es por ejemplo Cervantes, toma por ello otra tonalidad e intensidad respecto a la ciceroniana: la historia aparece realmente como madre de la verdad, émula del

tiempo, depósito de la acción, testimonio del pasado, ejemplo y noticia del presente, aviso para el porvenir (*Don Quijote* 1, cap.9). la historia es aquello con lo que se puede contar, mientras la naturaleza, horizonte de lo posible y objeto de la reflexión racional, es aquello con lo que la razón debe hacer las cuentas para sacar el criterio y el fundamento del saber y el obrar.

Así pues: *verum ipsum factum*. Todavía esta famosa fórmula de G.B. Vico, también ella malentendida, señala el inicio del desarrollo que da lugar a un nuevo concepto de historia que invade la mentalidad contemporánea. Si sólo las empresas de los hombres son el lugar de la verdad, si sólo en los hechos habita la verdad, entonces ello comporta la exigencia de asignar a la historia la tarea de definir los confines de lo posible, de lo justo, de lo deseable y lo necesario. La lógica debe ser entendida como lógica modal que rige la historia. Y en efecto, el mismo Vico percibe la historia como lugar del "esfuerzo" humano hacia la "equidad" y la teología natural, y ello la distingue de la estricta cronología de los acontecimientos para referirla a una "Historia Ideal Eterna", sobre la cual corren temporalmente las historias de todas las naciones. De tal modo la historia asume en sí aquello que era la filiación esencial de la naturaleza de lo moderno: llega a ser ella misma lo posible en cuanto aquello con lo que el hombre debe hacer las cuentas.

Nos está prohibido seguir paso a paso los desarrollos de esta impresionante vicisitud: está por medio la aventura del Neoclasicismo que llevó a distinguir, y sobre todo a contraponer, historia y tradición para revisar un privilegiado lugar histórico-fundador (lo griego), en el cual el acontecimiento fuese describable nemotécnicamente como naturaleza y el fundamento fuese variable como acontecimiento siempre concluso y perfecto. Por medio está la fenomenología del espíritu de Hegel y la última ecuación de lo real y racional, de historia y sustancia. La disolución de la síntesis

hegeliana en su vuelco materialista, en Marx y en el pensamiento de la izquierda o en la ruptura epocal presagiada por Nietzsche. Pero siempre la vía está señalada: su último desbloqueo está representado por la visión de naturaleza e historia ofrecida por Heidegger. Con Heidegger, naturaleza e historia no son más que dos dimensiones de la temporalidad, en su actualización presente: la naturaleza es la anticipación del futuro operada por el pensamiento científico, la historia es el cumplimiento del pasado realizado por el pensamiento hermenéutico, realizando así una verdadera y propia ontología de la actualidad.

En realidad, la anticipación científica y la actualización hermenéutica señalan el descarte del hombre y del acaecer en contacto con las cosas mismas: historia y naturaleza, así entendidas, llegan a ser lo posible de la interpretación hermenéutica y lo posible de la hipótesis especulativa. El horizonte de la posibilidad no es más la patria del hombre, sino su invencible prisión. El actual debate sobre conservación, tradición y restauración participa de este invencible jaque: la conservación "absoluta" es imposible; la restauración no puede encontrar criterios de verdad y es necesariamente arbitraria también cuando intenta autojustificarse hermenéuticamente; la tradición es ciego proceso del que en vano el sujeto puede liberarse, permaneciendo al contrario, envuelto y disuelto en el círculo.

4. Lo posible de la interpretación hermenéutica y lo posible de las hipótesis especulativas han tomado respectivamente la figura de la ciencia del espíritu y de la naturaleza. Una y otra hasta hoy vistas gracias a recíprocas e imperfectas disposiciones, parecen ahora resolverse en la espiral hermenéutica que envuelve con la trama de la historia la naturaleza misma. Llega a ser patente la tensión entre un pensamiento que se refleja en la historia y uno que busca lo atemporal en las leyes eternas aún cuando se detenga en ínfimos acontecimientos, en irrepetibles sucesos.

Sucede entonces que la acción se completa entre "metafísicas rivales", resultando contrario al propio fin, que los medios sean más significativos que los resultados y que la técnica no se muestre más como lo que media entre el hombre y el mundo, el obrar y el obrado, sino lo que delimita a uno y a otro. Sucede sobre todo esto que parece caracterizar de modo precipitado al siglo XIX en su registrar la venida y tal vez radical separación del universo de la tradición. De una parte se busca llevar a sus últimas consecuencias la separación entre tradición e historia, para confiarse a la "irresponsabilidad" de la técnica, hacia una absolutización actualista del futuro, hacia una historia como totalidad ética o una historia como desmedido estanque de imágenes para emplear indistintamente; de otra, se opera como el topo a la búsqueda de lo que ha sido epocalmente truncado, exactamente la tradición, pero que no puede ser dado por perdido. Surge una vida de intriga, doble, neurótica, donde las acciones vienen impelidas por una importante voluntad iconoclasta y los resultados son siempre resueltos en la idolatría. Al igual que en la política: se eliminan las ideologías (exactamente la iconoclasta), para producir desmesura, sin desencanto, como ídolos de un desmedido Panteón. ¿No son tal vez estos los signos más visibles -aunque prefiramos las bazas nacies- del siglo XIX? ¿No es verdad entre tal vez que por una parte de la vanguardia se ha propuesto como arte para la vida contra toda museificación y por otra el museo ha permitido la individuación de los valores y de jerarquía y sobre todo la difusión en términos de masas de los valores mismos? ¿No es verdad que la vanguardia ha sido el momento de la acción y el museo el de la contemplación, el primero el lugar de la iconoclastia, el segundo de la idolatría?. Raramente la cultura del 900 ha acertado a producir equilibrio: ha buscado de todos los modos refutar toda representación, cayendo constantemente arrojada ante los ídolos. La conciencia histórica ha acertado a cancelar poco a poco todo resi-

duo sacral de la visión del mundo, ha despejado el camino a los dioses, ha obscurecido la verdad eterna, exactamente porque ha elevado la historia a sagrada ensambladura total, horizonte de la verdad y refugio o eclipse de lo divino.

¿Qué decir?, o mejor ¿qué hacer?. Indudablemente la primera cosa a hacer es separar historia y verdad, sin ilusionarse con que este acto pueda recomponer lo que ha sido cortado, sin esperar que sea posible reencontrar ligámenes que la tradición producía. La historia no podrá ser más instrumento de individualización o peor todavía, vehículo de la verdad y, mucho menos, instrumento de identificación del ente. La historia podrá ser sólo una suerte de *experimentum cogitatonis*. Será entonces necesario conservar los objetos no en nombre de valores, o de la identidad social, que es lo mismo, o de las variantes economicistas presentes en la palabra "patrimonio", sino en nombre de la necesidad que el pensamiento tiene en cuanto se alimenta de ella probando y volviendo a probar, esto es, conociendo.

5. Primado del conocimiento sobre la acción, se dirá: separación de la responsabilidad del conocer respecto a la del hacer, o invocación a la buena conciencia del gusto medio por una presunta nobleza del saber. Nada de todo esto. El problema resulta ser fundamentalmente ético. Nos quedan dos vías paralelas, aparentemente reunificadas hoy en la recurrencia a la interpretación, en la espiral de la hermenéutica: la primera individualizada en un horizonte de la posibilidad como práctica del pensamiento hipotético que rige la ciencia; la segunda individualizada por un horizonte de la posibilidad como lugar de la historia (ideal eterno) nuevo acepción de lo posible, como límite al que está restringido el pensamiento. Ante estos dos horizontes el hombre contemporáneo ve en su medio disponible (en la técnica) su prisión, el impedimento para ponerse en contacto con el pasado y con el futuro. Y siendo el medio la razón, advierte

que el pensamiento se pierde en la esfera de la posibilidad no como potencia, sino como prisión. Ante ello, escoge el abismo de una investigación fundacional que jamás alcanza una meta y se pierde de causa en causa, de fondo en fondo; advierte detrás de sí el abismo de un regreso infinito perpetuo reiterarse de un "paso atrás" hacia el presupuesto, que sin embargo no puede detenerse, pero siempre remonta de pre-juicio en pre-juicio.

A causa de esta tensión irresuelta, la cultura contemporánea intenta un desesperado remedio que consiste en la hipótesis que si el pasado no es más alcanzable en su sentido, al menos es alcanzable en la materialidad de sus signos. Y ésta es la conservación. Tales materias son custodiadas con veneración, según el auténtico espíritu de la idolatría, porque aquel mudo encuentro, obra del hombre, en virtud de su impotencia para ver, tocar y socorrer, como decía Isaías, llega a ser el único elemento en el que se puede confiar ya que el pasado viene en contra y se lo puede ver, tocar y socorrer. Tales remedios resultan ser angustiosamente la última esperanza después que la restauración del siglo XVIII (y por muchos aspectos también la del siglo XIX), había intentado cumplir a través de la cosa misma, en su misma historia, un abrazo regenerativo con el origen perdido. Pero sabiendo que la posibilidad de "reconstruir" el cauce del gran río de la tradición, se demuestra empresa desesperada, entonces también la restauración se descubre práctica instrumental de la conservación, una restauración que impide elegir, que se pierde en el análisis, que se pierde en la aporía. Es entonces necesario dar cuenta de la analogía entre la aporía de la conservación y de la restauración y que la práctica sólo llega a ser posible operando una suspensión e introduciendo sobre el plano metodológico el olvido que en el pasado correspondía a la cosa misma. Olvido que consentía el deslizarse de un conjunto de razones para reencontrar el valor de uso como racionalidad del medio y sobresalir del medio respecto al fin.

Lo que se requiere es, probar a conjugar la figura de la dialéctica entre logos y memoria, una dialéctica que requiere algunos pasos fundamentales en el plano especulativo: salir fuera de los presupuestos de lo Contemporáneo que ve la historia como horizonte insuperable de todo pensamiento y toda praxis buscando interpretar aquella ontología de la actualidad que en múltiples veneros recorre contradictoriamente este mismo pensamiento; restituir a la historia, su “regionalidad”, grande, potente, invasiva cuanto se quiera, pero no exhaustiva para el ser mismo de la cosa; con ello encontrar una vía convincente para salir de aquella cautiva prisión de Circe que hoy tiene el nombre, círculo hermenéutico. Se nos ocurre mostrar de que ello es también engañoso. No existen regresos infinitos. Interrogarse no es confinarse en el círculo, sino referirse a *aquel otro del círculo*, que consiente reconocer el círculo en cuanto tal. El pensamiento antiguo llamaba metafísica a la ciencia capaz de tematizar tal llamada y reavivar esa *alteridad* en la dimensión del ser que trasciende la esfera sensible. Hoy un paradigma decisivo similar está en fragmentos: el pensamiento moderno completo se ha constituido sobre sus escombros, se ha alimentado de su cadáver. Su conservación sería aporética, su restauración indecente. Pero tal vez, otra vía puede abrirse después del naufragio. El regreso crítico debe conocer la experiencia de la inmersión en el tiempo, pero no es del todo demostrable que sea repetible al infinito y no reconducible a aquel término que es la razón misma del regreso. No es casual que las lógicas fuertes de nuestro siglo encuentren en el juego teoría/metateoría una autofundación que deli-

mita el regreso al infinito. En tal caso las “finitudes” del regreso no aparecen como vínculos, sino como potencia de la razón que detiene la híbrida voluntad de dominar la totalidad para indagar el objeto en la condición “próxima” que determina la identidad según vías “diferenciales” del pensamiento. En este tránsito se explica la dialéctica de memoria y logos, de figura y palabra, que constituye el movimiento mismo del pensamiento. En un último análisis significa probar a salir de la jaula conexas a la imposición de la técnica contemporánea sin por ello “odiar” la técnica.

Lo sabemos bien: colocar una conclusión similar al término de la presente reflexión es algo engañoso. Nada más que un auspicio, pero tan vago que puede reducirse a una expresión de circunstancia. Tal vez no es exactamente así, al menos por una razón. La razón es que de todas las argumentaciones precedentes aparecen creemos oscurecidos cuando debería ser el horizonte teórico en el que discutir de conservación y proyecto. La invitación a proceder por vías diferenciales del pensamiento antes que por cortes totalizantes es entonces denuncia implícita del peligro que hoy incumbe al disponer la discusión en términos engañosamente radicales: del peligro de una apoteosis de la conservación, que se traduciría en un anulamiento del sujeto por la idolatría del objeto; y del peligro de una *hybris* proyectual que se traduciría en una anulación del objeto por una iconoclastia nunca más destinada a celebrar la infalibilidad divina, sino a mostrar la soledad del hombre que sobre todo, puede decidir sólo por qué todo a él se sus- trae o se niega.

(Traducción de José Ramón Moreno Pérez).